

CAPÍTULO I

Iba a ser una larga noche. Tumbado en la cama, con las piernas abiertas formando una uve sobre las cuatro duras bolas de algodón que componían su almohada, observaba ausente el caballete en el que descansaba su lienzo emborronado. Enmarcaban la imagen el calcetín rojo y el calcetín verde que vestían sus pies. En uno de ellos, su pulgar asomaba curioso por un antiguo agujero con el que ya se había encariñado.

Un estridente cuco le recordaba hora tras hora que el tiempo, salvo en contadas experiencias místicas, nunca se detiene. Cada segundo se clavaba como una aguja en el exprimido cajón de sastre de su cabeza, del que hacía tiempo que no salía nada más que calcetines rojos y verdes con un antiguo agujero con el que ya se había encariñado. Y una y otra vez volvía a su lienzo emborronado.

Escrutando su diminuta buhardilla, iluminada apenas por dos miedosas velas, aparecían ante sí los fantasmas de los cuadros que pudieron ser y nunca serían. La consciencia de otra oportunidad resbalando de sus manos manchadas de pintura le golpeaba el ánimo, con afán de moldearlo; pero reduciéndolo a su mínima expresión. Por la ventana, el amor, con nombre de mujer, parpadeaba en la

oscura noche intentando captar a este súbdito que perdió en los enrevesados caminos del tiempo.

Y otra vez el tiempo.

Su amigo Simon Ceosio le había dicho en una de aquellas tertulias del café que la pintura es poesía muda. No era verdad. Estaba seguro de que él podría hacer que su cuadro hablase: sus pinceladas serían armoniosos versos. Nunca una imagen superaría a las palabras; pero, si lograra darle voz a su pintura, esta sería la armonía de la imagen y el sonido. Y la armonía es arte. Se inclinó sobre su lienzo, que ahora sentía como un inmenso libro de páginas blancas, y su mente, en peculiar mimesis, se borró ante tal infinito vacío. El pintor poeta había muerto sin apenas nacer.

Si al menos pudiese hacer lo que tantas veces... si pudiera también esta vez hacer un dibujo mecánico de líneas concisas y decididas para después simplemente colorearlo... Pero en esta ocasión no. No solo tenía que pintar un cuadro. Tenía que ser original, innovador o, al menos, seguir muy de cerca a los que de verdad lo eran. Nunca había estado tan cerca de la meta y ahora se sentía desfallecer. A tan solo un paso.

Por fin podía dar sentido al espinoso camino que empezó con las caricaturas inocentes del profesor en el examen, buscando la compasión y algún punto caritativo en su nota y encontrando, en

cambio, una sonora bofetada; duplicada al llegar a casa. Ese día decidió ocultar su obra hasta que fuera admirable. A partir de entonces, pintar se convirtió en una obsesión que llegó a mermar hasta tal punto su tiempo para otras actividades (incluidos sus estudios) que aquella primera bofetada tuvo innumerables ecos. Pintaba en cuadernos, libros, paredes, telas, puertas, mesas, sillas y cuantas superficies medianamente lisas se le ponían delante. Las horas de clase en la escuela pronto se presentaron como el ambiente idóneo para estimular sus cualidades artísticas. La monótona melodía de fondo, entonada en do menor por el maestro al recitar las lecciones, sumía a nuestro pintor en un profundo letargo, cercano al sueño, por el que su imaginación volaba libre hacia lugares a los que su consciencia jamás logró regresar. Era entonces cuando las musas soplaban en su cabeza las imágenes perfectas para cuadros sublimes, y él, con la misma prisa con la que aún se abalanzaba sobre las esporádicas bandejas de dulces que la caridad de algún vecino traía a su casa, comenzaba a pintar y pintar hasta que la enorme mano del maestro, caliente y seca por el polvo de tiza, decidía contribuir al estallido de color iluminando de rojo su cara. Con el tiempo, cuando la situación empezó a ser cotidiana, aprendió a odiar a las musas que tanto dolor le causaban. Posiblemente erró en la solución: empezó a pintar musas ahorcadas, mutiladas o acuchilladas en una obra digna

de la exaltación de cualquier psicoanalista. Solo logró que la sensación de calor en su cara fuera casi perenne.

Los continuos castigos y regañinas dieron lugar a la etapa oscura de su pintura (oscura no por su paleta de colores o por los temas tratados, sino porque tuvo que hacerla escondido en los lugares más insospechados, en condiciones no siempre apropiadas). Pero, aunque para un niño siempre es estimulante nadar a contracorriente, es difícil la perseverancia; más aún cuando la oposición es tan fuerte como la que nuestro pintor enfrentaba: nacido en una familia humilde y numerosa, y dedicada casi por entero a labores agrícolas, no podía permitirse el lujo de tener aficiones. Así que pronto terminó esta primera etapa de pintura infantil.

Preguntó entonces al fantasma de su padre, siempre presente, por la fuerza para sacar las cosas adelante. Y la respuesta de su progenitor no tardó en llegarle desde uno de sus cuadros de “ya lo terminaré”, arrastrando su mirada —ya espesa y pesada— hacia su infinito agujero del calcetín. El tiempo, la paciencia y el duro trabajo lo habían bordado de esta guisa. Algún día pintaría un agujero como aquel. Pero es difícil tener paciencia cuando el tiempo corre sin que el trabajo dé sus frutos.

Cuando ya su cabeza no era más que millones de pulgares bailando tangos asomados por cierta ventana de tela, multiplicándose y entrelazándose para formar un calidoscopio rojo y verde con las geometrías más variadas, decidió liberar sus pájaros con un sutil tiro en la sesera. A falta de otra arma, café frío y aguado tras un largo reposo en la cafetera enrobinada que horas antes le había subido la buena de doña Antonia, igualmente letal. Un sabor negro translúcido despertó su cabeza y su estómago y le hizo echar mano en tan solo unos pocos minutos a la bacinilla dorada en la que la fuerza del uso casi había erosionado el antiguo grabado: BUENDÍA.

Tras diez minutos de profunda reflexión y más profunda limpieza interior, recobró el valor para enfrentarse durante al menos otro par de horas —tras el cual volvería al café homicida— a la inmensa desolación de su lienzo en blanco. Es curioso cómo en lugar tan poco poético surgen a veces los gérmenes del arte; y otros menos elevados.

Por unos instantes, la brisa cargada de notas toscamente pronunciadas por algún perdido acordeón, acompañadas de la canción de la rutina y una voz infantil pidiendo «una limoznita pa'l artizta» (en una lengua venida de muchos kilómetros al sur de allí, que penetró en su buhardilla sigilosamente por una de tantas grietas), alivió su pesada carga transportando de nuevo su delirio de cafeína a

los calurosos agostos de la niñez en el campo; mientras enfriaba sus huesos hasta hacerles creer que gozaban ya, desnudos de piel y carne, del descanso eterno. El tañido lastimoso de una campana lejana le devolvió a la cruda realidad de su cuadro inmaculado, alejándole del bullicio de la Plaza *du terre* y la algarabía del nocturno Montmartre.

La elección del tema, aparentemente sencilla, era uno de los pasos más complicados. Le apasionaba el París de su tiempo; el ferrocarril del progreso, más hermoso en cada estación; el paseo anodino de la gente por los mediodías soleados; la paz plasmada en arte de tantos y tantos bohemios descargando su inquietud vital en medio del bullicio eterno de la ciudad de la luz y del amor, del anonimato agrisulce de la muchedumbre, del pecado, la pasión, la libertad, el pensamiento, el arte y la modernidad, en un *totum revolutum* que formaba parte de su encanto. Pero en la esencia misma estaba el problema: demasiado “*revolutum*” para detenerlo en un cuadro, en un instante. Otros pintores más grandes lo hicieron y lo harían mucho mejor de lo que él podría conseguir. Requería un estudio y una experiencia que él aún no había adquirido (y quizá el adverbio era muy optimista). Además, se alejaba ligeramente de lo que en su interior sabía estar buscando, sin conocerlo con claridad.

También podría pintar un paisaje natural, pero aborrecía como nadie la bucólica y utópica Arcadia, llena de insectos y vacía de

comodidades, que además le provocaba violentos ataques de alergia similares a una posesión diabólica que transformaba hasta el horror su cuerpo. Esa fue una de las razones que convenció a su padre para dejarlo emigrar a la ciudad a ser artista, rompiendo con la tradición familiar y menguando el número de manos en las labores agrarias que hacían sobrevivir a la familia. Aunque en un primer momento llegó a pensar que las arcadas y abscesos de su hijo no eran más que una inexplicable treta de su retorcida mente juvenil para escaquearse del trabajo, la voz del médico —oráculo incontestable en el pueblo—, unida al atractivo de una boca menos que alimentar, logró que su padre, en el fondo bondadoso, cediese en su obstinación. Fue así como logró dejar atrás su infancia entre Argenteuil y Gennevilliers, haciendo el camino contrario al que harían muchos colegas suyos, entre ellos Manet, Renoir o Monet. Por otro lado, no tenía tiempo para andar errante en busca de un modelo a pintar, ni quería que su cuadro perdiera su fuerza por interpretarse como —más o menos— fiel reflejo de la realidad sin ninguna otra pretensión. Más bien al contrario, sentía ganas de gritar a la naturaleza «No te serviré, no me someteré a ti». Creía que el arte es como un oasis humano donde poder jugar a ser pequeños dioses, aunque en el fondo era consciente de que pensar es servir, como lo es crear. «A tu servicio, sí», rectificó; «pero en libertad». No podía repetir, no podía copiar. La belleza de

su cuadro debía ir más allá: su pintura debía ser solo una sugerencia que transportara al observador a mundos jamás conocidos, muchos de ellos dentro del propio espectador; pero nunca a la vuelta de la esquina. Por la misma razón había descartado pintar un retrato: la posibilidad de que su modelo fuera reconocido en el gigantesco pañuelo que era París podía encorsetar la imaginación de quienes admiraran su obra, cerrando las puertas a la vasta inmensidad de matices sugerentes que de por sí puede tener un gesto (como en el caso de la depilada ciliar de Leonardo). Además, corría el peligro de que el público —y no solo el vulgo, sino también los críticos supuestamente eruditos— confundiera realidad con ficción y le echara en cara haber usado a una puta, lo que era habitual, como modelo para una diosa (o viceversa). Así le ocurrió al maestro Manet con su *Olympia*. Y esto no era nada nuevo; al fin y al cabo, algo similar parece que le sucedió un par de siglos antes a Caravaggio a quien se recriminó haber usado como modelo para pintar la muerte de la Virgen a una suicida ahogada.

El arte es universalidad y eso es lo que pretendía encontrar nuestro pintor —Jean Paul, por cierto, es su nombre— para que su cuadro pudiese ser admirado aquí y ahora; pero también en el lugar más remoto y en el futuro más lejano. Sin embargo, la universalidad se parece mucho a la inmortalidad, que viaja de la mano de la

eternidad. Esta idea aterraba a Jean: si llegaba a obsesionarse con ella —cosa que haría con poco más que siguiera pensando— sabía que nunca acabaría su cuadro.

Aún sin un tema que pintar, el reloj, burlón sicario del diablo, volvió a liberar su arpía para llenarle de desesperación con su canto. Había pasado otra hora y seguía como al principio. A veces, con extraña profundidad, se sentía solo. Miraba a su alrededor y solo veía gente; pero como de lejos, como ajeno, como desde la butaca de algún teatro, o del otro lado de un escaparate, como desde lo alto de un edificio, asomado a la ventana de una diminuta buhardilla. Su cuerpo estaba vacío y esa oquedad le daba miedo. Sufría su *horror vacui* interno como una caída al abismo de su vida. No era un miedo adolescente (su vida transcurría solitaria y casi se sentía feliz con ello, entre sus cuadros, creando sin estorbos); se trataba de un miedo existencial, casi místico, que le dolía muy adentro y le hacía sentir ganas de encontrar esa fuente de dolor para estrujarla; pero su mano se perdía en un infinito agujero negro. ¿Cómo un cuerpo tan delgado podía albergar algo tan profundo? Y eran estos momentos, en que alzaba la vista al cielo buscando un poco de ayuda y solo encontraba el inclinado techo de su hogar, cuando más solo se sentía.

Una vez más se levantó de su cama y deambuló meditabundo alrededor de la misma (su buhardilla no le permitía mayores paseos).

Empezaba a ver aquel dichoso lienzo como su enemigo; la barrera entre su desesperación actual y el éxito. Lo cogió con ambas manos y le dio varias vueltas ante sus ojos, que observaban, entre atentos y perplejos, en busca de la solución a sus problemas —sin duda estaba en ese lienzo, aunque no lograba encontrarla—. Decepcionado (aún más por no saber la causa de su decepción, pues sabía de sobra que en el lienzo no habría nada), devolvió la tela a su lugar y se acercó a la pequeña ventana que, abierta sobre el tejado y respetando su inclinación, le ofrecía una escapatoria cuesta abajo a su incipiente jaqueca. Solo le quedaban seis días para acabar el cuadro que aún no había empezado.

En apenas una semana, su vida se había acelerado vertiginosamente trastocando su paz interior en un *continuum* convulso y caótico: a partir de que su amigo Simon le presentó a aquel famoso crítico y escritor con quien mantuvo la charla que cambiaría su vida. Desde ese momento había comenzado a plantearse su propuesta hasta el punto de quitarle el sueño. De hecho, a fuerza de perderlo durante varias noches, había llegado a un punto en el que cambiaría cualquier cosa por poder acostarse tranquilo, obligándose a sí mismo a ingerir cuantiosas cantidades de aquel veneno negro que llamaban café para poder despejar su mente, que ahora presentaba una fuerte tendencia a nublarse. Sin embargo,

no se decidió desde el primer momento a aceptar la tentadora propuesta de aquel hombre: los primeros días los gastó sopesando pros y contras, infundiéndose valor. Finalmente, gracias a las palabras de ánimo de sus amigos, ahora se encontraba exprimiendo su cerebro en busca de un tema.

Era consciente de que, aun empezando esa misma noche a pintar su cuadro, iba a resultar toda una proeza acabarlo a tiempo. Y eso si lo empezaba esa noche —matizaba burlón el lienzo albino desde su troyana montura—. «Cómo te odio», pensó en respuesta a su propio delirio el joven pintor. Tras varios días amagando bocetos por todas partes, había decidido —y al parecer se había equivocado — enfrentarse directamente con el lienzo. No era una decisión muy sensata, pero la premura del tiempo lo exigía. La semana había corrido demasiado y le había ganado la carrera: tenía encima el límite del plazo y ni siquiera sabía qué hacer. Qué esperaba. Sus colegas se enfrentaban a la naturaleza, al aire libre, para copiar del modo más simple lo que ella les brindaba, convirtiendo así un instante en algo eterno. ¿Qué instante pretendía eternizar él, encerrado en su cuchitril, peleándose con un lienzo? ¿Cómo iba a llevar su obra a ser pinceladas en el tiempo? No era más que un pobre ingenuo a medio camino entre un pintor de estudio y un pintor sin estudios, de

brocha gorda. Había empezado mal, pero quería subirse a un tren que probablemente ya le dejó atrás.

El niño que fue, y que aquella noche había decidido no dejarle trabajar, volvió a hacerle una visita llevando sus recuerdos al tedioso escenario de su infancia. Recordó un día en que se había reunido con otros chiquillos del pueblo para jugar y habían cazado un pequeño pájaro en su nido. Curiosamente, su escuálido cuerpo le hizo protagonizar este tipo de aventuras, ya que le permitía trepar con facilidad a los más altos y delgados árboles y meterse por los más recónditos agujeros. En efecto, él había sido el heroico artífice de la captura y también sería el guardián de la trampa que uno de sus compañeros había tramado. Sobre un pequeño montículo del terreno colocaron al pájaro capturado que serviría como cebo vivo para atraer otros congéneres. Para que no escapara la pequeña criatura, la ataron de una pata a una piedra grande, dejándole holgura para que revoloteara. Mientras que nuestro futuro pintor cumplía fielmente su tarea de vigía, se quedó dormido. Ante el temor de ser descubierto por sus compañeros, se levantó bruscamente al oír sus pasos aproximándose. Pateó, al levantarse, la piedra que sujetaba al pájaro, separándole con violencia su miembro inferior del tronco. No le dolieron tanto los reproches de sus amigos como el propio remordimiento de haber dañado al pobre animalito. Aquel día, y

todos los que lo recordaba, se odió con una intensidad que llegaba a asustarle. Nunca, desde aquel incidente, había vuelto a actuar de forma que mereciera un odio semejante (la culpabilidad en un niño puede alcanzar una hondura insospechada), ni siquiera el día en que fue consciente de que había dejado marchar a la mujer a la que amaba sin hacer nada para remediarlo. Nunca, hasta ahora. El odio hacia su ineptitud en este momento decisivo de su vida llegaba incluso a superar su sentido de culpabilidad. De repente aborreció su postura en la ventana, a la vista de todos.

Se alejó (todo lo que su piso le permitía) del pequeño tragaluz y se encaró a su imagen reflejada en el espejo. Ante él contempló un *Autorretrato con lienzo al fondo*, o mejor, *Autorretrato colérico con lienzo al fondo*, o quizás, *Autorretrato colérico con motivo de su ira observando burlón al fondo*. Este último era demasiado largo para titular un cuadro. Al descubrirse en estas absurdas reflexiones aumentó su ira para verse en un *Autorretrato del asesino con futura víctima al fondo*. Este era perfecto. Golpeó su cabeza contra el cristal con la intención de volver a situar milagrosamente sus ideas en algún orden lógico que le permitiera centrarse en lo importante. Cogió sus utensilios de pintura (ya había preparado los óleos durante la tarde) y se sentó frente al caballete.

Nada. En su cabeza no aparecía nada coherente. A veces querría estampar sus óleos contra el lienzo, lanzarle su paleta

cubierta de aquella mezcla que hacía tiempo perdió su color original para convertirse en una masa informe de un verde negruzco; rajarlo, golpearlo hasta mancharlo con la sangre de sus nudillos... Así estaría creando verdadero arte: daría cuerpo al abstracto e indefinible sentimiento de la frustración del artista. Pero ese sería un cuadro que nadie entendería, que chocaría con la fría e hiriente indiferencia. Quizá en otro tiempo. Solo él como sujeto paciente en el proceso creativo lo comprendería en toda su dimensión. A pesar de todo, no podía rendirse: sabía que con tesón podía lograrlo.